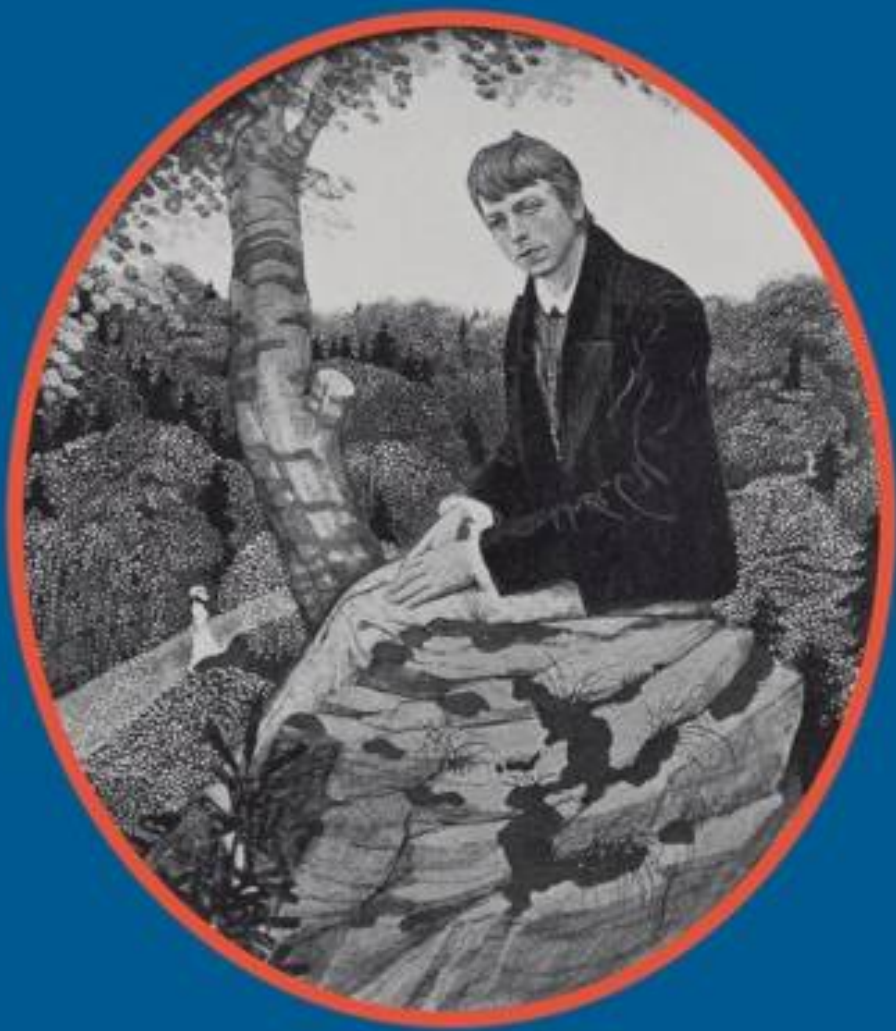


ROBERT WALSER

Vida de poeta



Poco a poco Robert Walser va ocupando el lugar que le corresponde como uno de los grandes escritores en lengua alemana y uno de los clásicos del siglo XX. Muy apreciado por sus contemporáneos (Kafka, Musil, Hofmannsthal, Benjamin o Hesse), desconocido o infravalorado por la crítica, rescatado a mediados de los años setenta por escritores como Thomas Bernhard o Peter Handke, su prestigio parece definitivamente asentado a la vez que crece el interés de los lectores hacia su figura. *Vida de poeta*, publicado en 1918, es una excelente muestra de su obra narrativa breve, en la que se encuentran recogidos textos tan fascinantes como «Hölderlin», «Discurso a un botón», «La bella durmiente» o «El talento».

Excursión

Recuerdo que hace varios años —era verano— emprendí mi primera excursión larga, en la cual vi una serie de cosas bellas y maravillosas. Mi equipo consistía en un traje claro, barato, que llevaba puesto, un sombrero azul oscuro en la cabeza y un hatillo en la mano. Cosido al bolsillo del chaleco, y en forma de un impecable cheque bancario, llevaba mi dinero ahorrado rumbo al ancho, fresco y luminoso mundo. De un grupo de atrevidos jovenzuelos con los que me crucé por la calle, uno me gritó por detrás, en tono burlesco: «¿Adónde irá aquel larguirucho con su morralito?».

Se refería a mi absurdo y miserable hatillo, que le resultaba un tanto ridículo a su propio portador y propietario. Pero yo, sin preocuparme mucho de aquellas burlas, que no podían tener mayor importancia, proseguí muy contento mi viaje y, mientras caminaba, tenía la impresión de que el mundo entero y redondo avanzaba junto conmigo. Todo parecía viajar con el viajero: prados, campos, bosques, sembríos, montañas y, por último, el mismo camino comarcal.

Sentíame celestialmente libre y de buen ánimo. Iba caminando a mi aire y a la vez con cierta prisa, cruzándome con toda suerte de gente que, de vez en cuando, saludaba amablemente a aquel joven y alegre viajero, a aquel goliar-

do andariego, lo cual me obligaba a ser también muy atento. ¿Acaso una cortesía no llama siempre otra?

Aún recuerdo algo mojado, neblinoso, frío —probablemente fuera el amanecer que me palpaba con sus dedos húmedos— y, poco después, algo caliente, blanco y verde: el mediodía con el polvo del camino y la luz seca y deslumbrante del sol sobre las verdes praderas.

Durante un rato seguí el curso de un río, luego me adentré en la montaña. Me salieron al encuentro varios cerros con castillos ruinosos sobre sus altas espaldas. El cambio y la monotonía alternaban alegremente: ciudades, fortalezas, montes, valles y aldeas solitarias. El camino se internaba en el desfiladero angosto, oscuro, salvaje, frío, volvía a salir inesperadamente de la soledad y estrechez de la roca, echaba a correr como llanura, centelleaba y sonreía como un hermoso río azul, o se detenía de pronto, gallardo y respetable, en el verdor candoroso y severo de algún bosque, y volvía a emerger luego como una arrogante montaña. Lo extraño y aventurero corrían parejos con lo bello y lo personal e íntimo; la luminosidad del mediodía mudábase al atardecer en una penumbra misteriosa, agradable e intensamente deseada, y el calor, en un frescor dulce y entrañable.

Aquí y allá, llegada la hora de buscar refugio, pernoctaba en viejas posadas; así recalé una vez en una alcoba que, debido a su espaciosidad espléndida y a su melancólica austeridad, hubiera podido hacer fácilmente las veces de una solemne sala de sesiones.

Una mañana, hasta donde recuerdo, hallándome a mitad de una suave cuesta, bajo unas encinas, me puse a contemplar un adorable pueblecito perdido entre el bosque y la montaña, que brillaba a mis pies bañado en la hermosísima, cálida y benévola luz de una mañana estival. ¡Qué alegría tan sana y buena procura el vagabundear! Sólo las alegrías inocentes son verdaderas.

Parajes agrestes y tempestuosos alternaban con otros amenos y dulces, así como también casas pobres, sinietras, desoladas y abandonadas, con otras decentes, bien puestas y lujosas; y aquel andariego sin tregua, esa especie de vagabundo alegre, satisfecho y libre de preocupaciones —pues así debía de sentirse—, se entretenía muchísimo observando atentamente toda esa gran variedad de cosas que iban desfilando ante sus ojos.

Tan pronto me rodeaba la diafanidad del alba o la serena luz del día, como me veía, al caer la tarde, envuelto en una pálida luz espectral, sobre la cima de alguna extraña colina, en la penumbra del crepúsculo, teniendo a mis pies un paisaje que podía ser matutino o vespertino.

Entre una y dos horas anduve por un valle tan solitario, extraño y apartado que, al recorrerlo, me imaginé que una remotísima época histórica había vuelto al mundo y que yo mismo era un peregrino medieval. Hacía calor, y por ningún lado divisábase el menor asentamiento humano ni el más leve indicio de laboriosidad, cultura o esfuerzo. Los páramos ejercen una fascinación maravillosa, aterradora.

Hacia el final de la excursión llovía intensa e ininterrumpidamente, a tal punto que, de buena o mala gana, alegre o afligido, contento o descontento, y sí totalmente empapado y calado hasta los huesos, tuve que llegar a la meta.

Pequeña aventura en un camino comarcal

En otra época y circunstancia me dirigí una vez en invierno —a pie, se entiende— a visitar a mi hermano, que por entonces vivía en una pequeña ciudad de provincia con el encargo de decorar con frescos las paredes de una sala de baile. Pese al frío propio de la estación, sólo llevaba puesto un traje muy fino y ligero; cargar penosamente y con esfuerzo telas gruesas y pesadas me hubiera parecido una burda molestia, un mal superfluo. La camisa y el sombrero tal vez lograsen suscitar una leve y candorosa duda: ambas prendas poseían algo liviano, etéreo y andrajoso, y en cuanto a la expresión del rostro, me complace admitir que en ninguna excursión a pie he arbolado una cara que no fuera audaz y despreocupada.

El camino no estaba particularmente limpio, circunstancia —o contratiempo— que no me impidió, sin embargo, elogiarlo, es decir, considerar felices al camino comarcal y al viandante que, de excelente humor, avanzaba por él, vale decir yo mismo.

Lamentablemente le caí menos bien a un cauto y perspicaz gendarme con quien me topé en una aldea y al que, por desgracia, no le causé una impresión tan excelen-

te como a mí mismo. La sorpresiva aparición de aquel joven excursionista pareció desconcertarlo y obligarlo —o inducirlo— a pararme y pedirme que tuviera la amabilidad de seguirlo. Me llevó a una especie de recinto o habitación dignamente oficial, donde fui presentado a su jefe —un hombre al parecer más enconado que bondadoso y, no obstante, más simpático que peligroso y mucho más bonachón que terrible— como un hipotético y presunto botarate.

Con voz tenebrosa fui invitado a tomar asiento, y acto seguido me preguntó qué hacía recorriendo a pie la campiña.

—No parece mirarme usted con buenos ojos —dije yo, y él tuvo el valor de responderme:

—En absoluto.

—Pero es muy probable que esté usted en un error —me atreví a replicar— si cree tener que vérselas con un vagabundo común y corriente. Me permitiría aconsejarle que me mirase con un poco más de atención. Tal vez así tenga usted la sensación, sin duda agradabilísima para ambos, de que, con igual, si no mayor, facilidad, podría yo ser un hombre honesto y probo que un bribón temerario. Estoy firmemente convencido de no ser aquello que quizá se crea usted obligado a considerarme. Hubiera podido viajar en tren exactamente como cualquier otro. Pero como soy amigo declarado de vagabundear y recorrer leguas y leguas durante días enteros, he preferido ir andando, lo cual no tiene por qué ser ningún pecado ni, por consiguiente, resultar nada sospechoso. ¿O acaso le parecen sospechosos el placer de viajar a pie y algo tan bellamente unido a él como es el amor a la naturaleza? Tenga usted la bondad de explicarse.

—La verdad es que nos parece usted lo suficientemente sospechoso, estimado señor —respondió él descaradamente; pero tras media hora de laboriosa búsqueda en todo ti-

po de actas y papeles y de hacer toda suerte de indagaciones, me dejaron ir diciéndome: «Puede usted irse».

¡Decisión bien venida, deferente y gentil! Sin titubear hice uso del amable permiso y pude así proseguir y terminar una excursión audaz y difícil, mas no por ello menos hermosa, deliciosa, amena y oportuna, llegando aún a tiempo a la pequeña ciudad de provincia para que todo ocurriese según lo previsto. Y, en efecto, los dos hermanos pudieron sentarse en buena hora a cenar alegremente juntos.

Carta de un pintor a un poeta

Has de saber, querido poeta, que el domingo pasado fui a visitar a un hombre que había tenido la infeliz e inoportuna idea de no estar en casa. Me pasé una hora entera en tu habitación, leí unas cuantas páginas del libro que había sobre la mesa y, en vez de hablar con el ocupante del cuarto, lo hice con sus paredes vacías. La conversación fue fascinante. Tras haber esperado en vano a que llegaras, me fui dejando cientos de cordiales saludos y lamentando infinitamente no haberte encontrado, pues sin duda hubiéramos tenido muchísimo que contarnos, decirnos y comunicarnos. Cuánto me hubiera alegrado ir contigo a robar peras, tarea que, cuando se emprende en solitario, no posee ningún atractivo, mientras que a dos puede ser muy divertida.

¿Dónde te habías metido, por Dios santo? Te habría descrito con lujo de detalles la audaz e intrépida excursión alpina que realicé la semana pasada y me condujo por puertos de montaña de altura inaudita, casi como en su momento le ocurrió a Suvarov, en quien pensé cuando, totalmente rodeado por campos de nieve y hielo, estuve a punto de perecer de hambre y agotamiento. Estas cosas y otras similares habrías oído de mi boca si hubieras tenido la delicadeza de quedarte tranquilamente en casa. Ahora, en

cambio, tendrás que contentarte con que te las mencione por escrito, lo cual resulta a veces un tanto insuficiente. ¿Cómo te va? Si has escrito poemas nuevos, ya sabes quién te ruega que se los envíes para poder leerlos y disfrutar con su contenido.

Por ahora, mi estimado, estoy viviendo en una pequeña ciudad tan antigua como encantadora, que aún conserva casi todas sus viejas murallas y torres y queda en el paraje más bello y placentero que una sana y animada fantasía puede imaginarse. La campiña circundante es tan hermosa, verde, atractiva y seductora, tan apacible y fascinante en su dulce apacibilidad, que casi podría decirse que fue hecha como para recibir a una princesa. Te aseguro que estoy maravillado y desearía poder describirte con frases y palabras relativamente idóneas esta profunda fascinación natural, esta alegría tan grande como auténtica. En cuanto al objetivo que me ha traído aquí, te diré que me han encargado pintar un salón, encargo que, según espero, podré cumplir con relativa ligereza; además, me complace imaginar que los honorarios serán más bien pesados que ligeros. Vivo en una preciosa habitación de las afueras, totalmente revestida de madera oscura, cuya ventana ofrece una vista tan fabulosa que no he podido evitar dibujarla. Ven a verme pronto, a pie, y verás cómo estoy instalado. Puedes contar con la mejor de las acogidas, y prepárate desde ya a ver la plétora o exuberancia de bellezas paisajísticas que abundan por estos pagos.

Aparte del trabajo que me han encomendado, yo también pinto del natural, como probablemente te suceda a ti con la poesía. Salgo a pasear al aire libre, contemplo hasta saciarme el divino rostro de la naturaleza y vuelvo a casa con alguna impresión profunda, con una imagen o alguna trama iniciales, para luego elaborar la idea en mi habitación, de suerte que mi pintura parezca más una forma de pintar a espaldas de la naturaleza que delante de ella. La naturaleza, hermano, es tan misteriosa e inagotablemente

grande que uno la padece ya al disfrutarla; aunque se me acaba de ocurrir que quizás no haya en el mundo dicha alguna sin su componente de dolor, con lo cual quiero decirte simple y llanamente, tanto a ti como a mí mismo, que estoy luchando duro. En los colores de la naturaleza circundante se mezclan melodías. Y a esto se suman también nuestros pensamientos. Te pido asimismo tener en cuenta que todo cambia constantemente, las estaciones, la mañana, el mediodía y la tarde, que el aire mismo es ya de por sí algo muy específico, raro, fluctuante, que envuelve todas las apariencias y da a todo lo objetual una enorme variedad de extraños rostros, que modifica las formas y las torna mágicas. Imagínate ahora pincel y paleta, toda la lentitud del procedimiento manual, de la operación artesanal con la que el impaciente y fogoso pintor debe captar las mil y una bellezas extraordinarias, vagarosas, dispersas aquí y allá, bellezas sólo fugazmente percibidas por el ojo, y, al fijarlas en algo estable, permanente, transformarlas en imágenes vivas, fulminantes, que nos iluminen poderosamente desde el alma misma del cuadro, y comprenderás entonces aquella lucha, comprenderás cualquier temblor. ¡Ah, y pensar que en el fondo bastaría con el amor que sentimos, con la alegría, con la fabulosa idea de estar contentos, con el anhelo, el deseo cálido y bondadoso, o con la pura, simple y dichosa contemplación!

Deja que te abrace y te diga adiós. Una cosa es cierta: los dos, tú, poeta, no menos que yo, pintor, necesitamos paciencia, valor, fuerza y perseverancia. Te deseo lo mejor de lo mejor, cuídate del dolor de muelas, guarda siempre algo de dinero y escíbeme una carta tan larga que tenga que pasarme una noche entera leyéndola.

Widmann

Todavía recuerdo que una mañana de marzo salí de Thun, donde estaba trabajando, rumbo a Berna, para encontrarme con Widmann^[*]. A los veinte años uno suele ser aún bastante excéntrico, por eso llevaba puesto un desaliñado traje estival de color amarillo claro, unos zapatos de baile ligeros, un sombrero intencionadamente feo, absurdo, atrevido, para no hablar de la total ausencia de un cuello duro normal.

Era un día tormentoso y frío. Oscuras nubes cubrían el cielo, pero el camino comarcal estaba, al menos, muy limpio. Iba de aldea en aldea con paso rápido, elástico. Como era domingo y temprano, casi no había tráfico en la comarcal. Empezaron a caer gotas frías y punzantes, pero como a los veinte años no se es nada sensible, presté poquísima atención a la inclemencia del tiempo. El mundo se veía oscuro, malo, duro, pero yo nunca he compartido la opinión de que algo áspero y rudo no pueda tener cierta particular belleza.

Al llegar a un silencioso bosque de abetos creí poder aminorar un poco mi ritmo esforzado y riguroso. Arriba, entre las ramas, mugía el viento. Aquello era música para el juvenil excursionista y literato en ciernes. Saqué del bolsillo lápiz y bloc de notas y, de pie, atento el oído al teatro de la

naturaleza, escribí unos cuantos versos buenos o malos, felices y logrados o infelices y fallidos. Luego seguí caminando muy alegre y resuelto.

La campiña era amarilla, ocre y gris; aquí y allá presentaba zonas de un esplendoroso verde oscuro, solemne, serio. La distinguida e imponente belleza de algunas casas solariegas o castillos fue objeto de mi admiración.

Hacia el mediodía me hallaba ante la casa de Widmann y llamé suavemente al portón del jardín. Una criada bajó a saltos la escalera para abrir al principiante y recién llegado. Me preguntó quién era.

—Quién podría yo ser sino el mismo que, hace un tiempo, envió a Herr Widmann sus primicias poéticas, siete u ocho de las cuales tuvo él la gran bondad de publicar en su conocida página dominical.

Así, o en términos similares, tuve el coraje o la arrogancia de expresarme. La bella y vivaz muchacha fue a anunciarme. Poco después me encontraba frente a Widmann, quien me dio la bienvenida en tono cordial y con las palabras: «¡Ah, conque es nuestro joven poeta!»

Intenté hacer algo así como una reverencia. En hacer reverencias y otras formalidades por el estilo era yo entonces de una torpeza e inexperiencia extraordinarias; frente a cualquier forma de cortesía aún era un niño ignorante. Además, ¡qué intimidado debía de sentirse un hombre pequeño e insignificante en presencia de otro tan grande e importante! Pero su noble animación me infundió en seguida una enorme confianza. Las personas capaces de fascinar irradian estímulo y aliento. Me serené, y, en el sosiego que sentí, hallé toda suerte de palabras cuya osadía juvenil tuvo él la bondad y magnanimidad de escuchar y aprobar gentilmente. Hasta pareció interesarle lo que dije.

De rato en rato —cosa muy comprensible—, inspeccionaba un poco mi peculiarísimo aspecto exterior, audaz y casi demasiado original: indumentaria y atavío, el vistoso y

atrevido traje, aquel rebelde ropaje que transgredía en forma necia y caprichosa los dictados de la moda. Lo hacía, sin embargo, con la mayor calma y afabilidad, como un príncipe que no se dejara afectar ni perturbar un solo instante en su grandeza y placidez por ningún género de pequeñeces.

En la alfombra yacía un perro acurrucado; el cuarto era la imagen misma del bienestar señorial. Al cabo de media hora aproximadamente se me ocurrió pensar, por suerte, que el buen señor tal vez tuviera otras cosas que hacer aparte de charlar con jovenzuelos principiantes; por eso me pareció oportuno levantarme y despedirme.

La bella durmiente

Ya en mis años juveniles empecé a interesarme por *La bella durmiente*. Cuando retrocedo atentamente con el pensamiento y reavivo el recuerdo de mis primeros esfuerzos y tentativas, me viene a la mente el sincero empeño con que, a menudo, intentaba aproximarme al delicioso y encantador personaje del cuento con versos delicados o burdos, húmedos o secos, frondosos o escuálidos, finos o duros. No lograba quitarme de la cabeza su maravilloso sueño de cien años. Un sopor profundo y centenario no es, sin duda, una nimiedad. ¡Veamos la cosa un poco más de cerca!

Durante aquellos cien años, más de un aventurero o caballero temerario, valiente y enamorado tuvo que pagar su temeridad, osadía, valentía y enamoramiento con la propia vida. Entre las espinas perecían todos aquellos ilustres caballeros, barones, condes, nobles donceles y retoños aristocráticos que con mejillas frescas, teñidas de rubor juvenil, con labios florecientes y rizos rubios, con ardientes ojos azules, imaginación fogosa, una frente serena, bella y valerosa, con miembros ágiles y flexibles, espada en mano, caballeresca pluma en el sombrero, a pie o a caballo, el juvenil corazón rebosante de juveniles fantasías, recorrían parajes oscuros y luminosos para calmar su impetuoso, desen-